

## Volver a empezar. ¡No, otra vez!



por **Carlos Rodríguez**, Rector de la UCEMA y **Edgardo Zablotsky**, profesor de Economía, UCEMA.

**E**n 1999 Fernando de la Rúa accedía a la Presidencia de la Nación con una clara premisa: presentar la situación recibida como caótica, fruto de la pesada herencia menemista. Su supuesta tarea, reconstruir. *Volver a empezar*.

Hoy, la historia desapasionada de los hechos nos enseña que la transición Menem-De la Rúa fue un desastre, pero *luego* de asumir éste y no *antes*, porque Menem no realizó desarreglos fiscales durante el año electoral, la prima de riesgo país se mantuvo en el orden de 590 pbs., la economía ya se estaba recuperando del shock de Brasil y, fundamentalmente, el mercado realmente confiaba en Fernando De la Rúa.

De la Rúa, al esforzarse en presentar la situación heredada como caótica, terminó generando su propio caos. Es francamente difícil determinar si todos sus errores se debieron a su incapacidad, a la falta de coherencia ideológica de la Alianza, cuyo único propósito parecía ser eliminar cualquier recuerdo del menemismo, o a una combinación de ambas; pero la crisis que se gestó fue tan grande que el recuerdo de diciembre del 2001 aún perdura en nuestra memoria.

Estamos comenzando un nuevo proceso electoral. Cometer errores es humano, repetirlos es lamentable, tratemos de aprender de nuestra historia.

En 1962, luego de la caída de Arturo Frondizi, el rabino americano Marshall Meyer, quien durante 25 años vivió en nuestro país, expresaba que en la Argentina uno aprendía la lección de la responsabilidad individual justamente por su carencia: en la Argentina el *otro* era siempre el deshonesto, no sabía trabajar, no pagaba impuestos, era materialista. Al fin, nos convertimos en una población de *otros*. A modo de ejemplo, ¿cuándo asociamos en nuestra vida cotidiana el resultado de nuestras acciones con nuestra propia responsabilidad y no con la del *otro*? ¿Cuándo aceptamos que nuestros hijos han sido aplazados porque no estudiaron y no por culpa del *otro*, la injusta maestra que el azar les ha deparado? ¿Cuándo admitimos que nuestro equipo ha sido derrotado por su pobre desempeño y no por culpa del *otro*, un referí inepto o corrupto, según le resulte más satisfactorio a nuestro imaginario? ¿Cuándo?

¿Quiénes son los *otros* en términos político-económicos? Los anteriores gobiernos, sin duda. La primera frase que escuchamos de un presidente en su discurso inaugural es la tremenda reali-

dad que enfrenta, todo lo hecho está mal, su principal tarea será corregirlo, reconstruir la Nación y llevar a la justicia a los supuestos responsables. *Volver a empezar*, para esta vez sí salir adelante. ¿No hemos escuchado frases como esta una y otra vez? ¿Tenemos alguna duda de que eventualmente volveremos a escucharla? ¿Podemos tener tan mala fortuna que nunca un gobierno haya hecho algo bien? Sencillamente imposible.

En 2011, si triunfa el kichnerismo es claro que seguirá el actual modelo de deterioro institucional hasta que surja una oposición fundada en las ideas, no en el reparto del poder. Un real peligro, no percibido por gran parte de la sociedad, es que, en la eventualidad que Kirchner pierda, se repita la historia del gobierno de Fernando De la Rúa y el ganador se dedique a denostar al kirchnerismo, a criticar la herencia recibida, en lugar de llevar a cabo su propia propuesta de gobierno. Esto podría constituir la génesis de una crisis económica *luego* de asumir las nuevas autoridades, similar a la engendrada por el gobierno de Fernando De la Rúa.

Estamos comenzando un nuevo proceso electoral. Cometer errores es humano, repetirlos es inadmisibles, tratemos de aprender de nuestra historia.

Y sea quien fuere el eventual sucesor de este gobierno, debería llevar a cabo su propio plan sin enfocar su discurso en la herencia recibida.

El kirchnerismo, más que un modelo, se ha caracterizado por ser una sucesión de medidas pragmáticas, adoptadas según las necesidades del momento, que ha mantenido una dosis, aunque más no sea funcional, de economía de mercado. También ha incurrido en graves errores, sobresaliendo su pésimo manejo institucional, el cual ha generado conflictos sociales de magnitud inusitada con un final difícil de predecir. El conflicto con el campo y el enfrentamiento continuo con la Iglesia, el cual hizo eclosión frente a la sanción de la ley de matrimonio de un mismo sexo, no son más que dos claros ejemplos de ello.

En los países del primer mundo  
un gobierno construye a partir  
de donde culminó el anterior,  
diferenciándose realizando  
cambios a veces profundos, pero  
no afirmando que absolutamente  
todo lo realizado está mal y que el  
rol de su gobierno será retrotraerlo  
a foja cero.

Lo que es obvio es que el gobierno no ha hecho todo mal; aún a nivel lógico es difícil imaginarnos que un gobierno pueda hacerlo. El eventual sucesor debería llevar a cabo su propio plan de gobierno y no enfocar su discurso en la herencia recibida. No debería *volver a empezar*, la historia del gobierno de Fernando de la Rúa nos recuerda como eso podría terminar.

En los países del primer mundo un gobierno construye a partir de donde culminó el anterior; por supuesto, diferenciándose de su predecesor, realizando cambios de políticas, a veces profundos, pero no afirmando que absolutamente todo lo realizado está mal y que el rol de su gobierno será retrotraerlo a foja cero. Hoy ni siquiera nuestros propios vecinos, Chile, Brasil y Uruguay, difieren de esta caracterización.

*Volver a empezar* una y otra vez. ¿Qué peor castigo? Digno de una tragedia griega. Ojalá no sea este el destino de nuestro país; de ser así, realidades como la de nuestros vecinos sólo tendrán espacio en los discursos de los candidatos presidenciales, no en el resultado de sus mandatos.